



pañolas del ejército de Cataluña, trataron de impedir la formalización del sitio; la primera haciendo varias salidas contra el campamento de Laval, y las segundas (la división situada en Falset), sosteniendo con la de Haber varios choques dignamente. Odonnell mismo salió al encuentro de los que se habían adelantado á Tivisa, y no pudiendo rechazarlos, se metió en Tortosa resuelto á defenderla con tesón (1.º de Agosto). El 3 dispuso ya una salida; pero los nuestros tuvieron que recogerse luego, viendo reforzarse el enemigo.

Si Caro, el general de Valencia, hubiese cuidado más de llenar sus deberes como militar que de hacer sentir en todas partes su carácter despótico, Laval, que era el encargado especial del sitio de Tortosa, ni aun hubiera podido acercarse á ella. Sólo cuando la opinión pública indignada por la pérdida de Lérida y Mequinenza, que vió imposible, empezó á encrespase á su rededor, envió á Odonojú, el general que había caído prisionero en la batalla de María, con cuatro mil hombres á arrojar al enemigo de Morella. Dos veces lo intentó en los días 24 y 25 de Junio, pero en vano. Volvió en Julio, y entonces, no sólo fué rechazado, sino que fué perseguido y sufrió un descalabro en Albocacer.

Llegó entretanto Suchet á amenazar á Tortosa, y como Odonnell requiriese á Caro para acudir en su socorro, movióse al fin, aunque lentamente, por el camino de la costa, llevando la respetable fuerza de veinte mil hombres, mitad de tropa y mitad de paisanos.

Fuerza respetable que, sin embargo, al salir á su encuentro Suchet por Cáliz con sólo diez batallones, retrocedió vergonzosamente sin aventurar un choque formal y sin parar hasta Murviedro (16 de Agosto); siendo el primero en desaparecer del campo ese Caro, tan altivo y brioso con los inermes moradores de Valencia. Indignóse el pueblo de tanta cobardía, y habiéndose descubierto al mismo tiempo un proyecto de nuevas proscipciones que meditaba, sólo pensó en salvarse de su furor huyendo disfrazado de fraile á las islas Baleares.

Tomó el mando, así abandonado, el general Bassecourt, que mandaba una columna en Cuenca, hombre de mejores prendas, cuyo primer

cuidado fué ponerse de acuerdo con el ejército de Cataluña.

Por desgracia la retirada de Caro se verificó en una ocasión peligrosa, cuando Macdonald, abastecida Barcelona por tercera vez, avanzaba sobre Tarragona. Odonnell tuvo que acudir á ella; y bien que lograrse rechazar una tentativa que desde Reus hizo el 24 sobre aquella plaza, no pudo evitar que fuese á concertarse con Suchet en Lérida, aunque trató de impedirse con la división del brigadier Georget entre Alcover y Montblanch. Reunidos Macdonald y Suchet, convinieron en que éste sería quien con sus fuerzas y recursos emprendiese el sitio de Tortosa, auxiliándole el primero con subsistencias, y manteniendo en diversion por la espalda á nuestro ejército.

Con tal objeto pasó Macdonald á Cervera amenazando caer sobre la línea del Llobregat; pero Odonnell, que conoció sus intenciones, para eludir las puso en ejecución una expedición atrevida adonde ménos podía imaginarla sin duda el enemigo. Por mar se fué con algunas tropas y artillería á Villafranca; púsose allí al frente de la división de Campoverde, subió hasta Esparraguera para incorporarse la caballería de la de Georget; y descendiendo luego rápidamente por San Gugat á Mataró, llegó hasta Pineda. Aquí destacó dos batallones á las órdenes de Fleyres para que siguiesen el camino de la costa, en tanto que él se dirigía con el grueso por el de Tordera á Vidreras. Ya en este punto, tomó al amanecer del 14 de Setiembre poco más de un regimiento de caballería y cien infantes, con los cuales hizo una marcha rapidísima para caer de sorpresa sobre La-Bisbal. Salió tan venturosamente de la expedición, que desde luego se apoderó del pueblo y algunas patrullas, y en la noche de aquel mismo día logró que se le entregase con toda la guarnición el general Schwartz, que se había hecho fuerte en un antiguo castillo. La partida de Fleyres se apoderó también de San Feliu de Gixols y Palamós, de suerte que el fruto inmediato de esta brillante expedición fué la ocupación de tres pueblos con diez y siete cañones, cerca de mil trescientos prisioneros, entre ellos un general y sesenta oficiales. El gobierno dió por



ella más adelante á su autor el título de conde de La-Bisbal.

Consiguió éste al punto los resultados que se había prometido, pues no sólo arrancó á Macdonald de su posición amenazadora, sino que reencendió la guerra en el Norte del Principado, alentando á los partidarios. El barón de Eroles, uno de los que más se señalaron en el sitio de Gerona, habiendo sido nombrado comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdán, llevó su audacia el 21 de Octubre á acometer al enemigo en su campamento de Lladó. El mismo día Campoverde, después de haberse internado en la Cerdeña francesa á exigir contribuciones, sostuvo con las tropas de Macdonald en Cardona un choque, del cual se retiraron con poca honra. Aunque de escasa importancia estas refriegas, sirvieron, no obstante, para entretener al enemigo, ganar tiempo y volver á la guarnición de Barcelona á su precaria situación. El mariscal tuvo que ocuparse de nuevo en escoltar convoyes.

Pero el fruto más importante de la expedición de La-Bisbal fué la paralización del sitio de Tortosa, suspendido en los meses de Setiembre y Octubre. Verdad es que habían contribuido á ella otras causas, principalmente la hostilidad incesante que nuestras columnas sostuvieron en ambas orillas del Ebro, por la cual era imposible á Suchet trasladar al asedio las provisiones que tenía en Mequinenza. Villacampa, el bizarro y activo partidario de Aragón, que también acudió á aquellas riberas, fué de los que más trabajaron por estorbárselo, trabando algunas refriegas en que la fortuna alternó: halagóle en Andorra y las Cuevas de Cañart y le desairó en Alvensosa y en Fuensanta, junt. á Villel.

Empero, como las lluvias hicieron crecer el río, pudo al fin Suchet servirse de su corriente para enviar á los bloqueadores lo que necesitaban para formalizar el sitio (Noviembre). Y á fin de evitar que la división española de Falset le impidiese, la hizo atacar el 19 por el general Habert, quien no sin dificultad pudo vencer la resistencia que le opuso.

De poco le hubiera servido el desalojar á los españoles de aquella posición si Bassecourt hu-

biese sabido regir con más tino los nueve mil hombres con que salió de Peñíscola la noche del 25. Distribuyólos en tres cuerpos, y los envió por distintas vías combinados, yendo él con el del centro por Ulldecona. Al llegar á este punto, cansado de esperar la llegada de la columna de la derecha, é impaciente de pelear con el enemigo que tenía á la vista, dió la orden de ataque confiado en que no tardarían en juntarse los otros dos trozos. Estos, sin embargo, no llegaron, y habiendo dado inútilmente tres embestidas, Bassecourt se retiró en orden á Vinaroz, y después á Peñíscola en dispersión perseguido por toda la división de Müssnier. Nuestra pérdida no fué considerable en muertos, pero sí en prisioneros.

Entretanto Macdonald había podido introducir otro convoy en Barcelona, que le concedía cierto plazo para poder acudir al sitio de Tortosa. Cubierta con catorce mil hombres la carretera de Francia á Barcelona y guarnecida suficientemente, partió con quince mil hácia el Ebro, y llegó el 13 de Diciembre á Mora. Los nuevos conciertos entre ambos mariscales fueron que Suchet se encargaría de la formalización del sitio, estableciendo su cuartel general en Cherta, y que Macdonald iría á ocupar los puestos de la división Habert.

Conforme á estos movimientos una parte de las fuerzas españolas pasó á establecerse frente al mariscal en forma de arco, apoyándose por la derecha en Montblanch. Por desgracia una herida que Odonnell recibiera en La-Bisbal le precisó á trasladarse á las islas Baleares para atender á la curación, dejando entretanto el mando á D. Miguel de Iranzo como más antiguo.

Réstanos hablar, para completar el cuadro militar de 1810, de las Andalucías. A fin de apartar la atención del enemigo de la isla Gaditana, hácia donde iba concentrando todos sus recursos, se insistió en la idea de las expediciones á los puntos donde las circunstancias locales podían ser más favorables al entretenimiento de un foco permanente de guerra. La Serranía de Ronda era uno de los que más se brindaban á este objeto, y para mejor asegurar el éxito de la expedición se le dió el plan que debía ejecutar. Consistía en establecer por el mar





Mediterráneo y el Atlántico una línea de puntos fortificados apoyándose en Gibraltar; reparar también en el interior los antiguos castillos de los moros, situados en lugares inaccesibles, guarnecerlos con el paisanaje, y mantener en incesante movilidad varias columnas. Bueno era el pensamiento; pero su ejecución exigía tiempo y era de sospechar que el enemigo no la miraría indiferente. Encomendóse la expedición al intrépido Lacy dándole poco más de tres mil hombres de buenas tropas, con los cuales zarpó de Cádiz el 17 de Junio. Desembarcó en Algeciras y se adelantó hasta Gaucin, donde pudo ya conocer que su misión no era tan hacedera como desde lejos parecía. Los franceses tenían fortificado á Ronda, y para protegerla una columna móvil, á la sazón situada en Grazaema: el general Girart salió á su encuentro de frente, al paso que Víctor y Sebastiani, temiendo cada cual ser inquietado por la espalda, destacaron tropas á su alcance por ambos flancos. De esta suerte, aunque se convino con los partidarios de la tierra, entre quienes sobresalían Valdivia, Aguilar y Becerra, y aunque los ingleses enviaron también en su apoyo por la parte oriental de la sierra una columna de ochocientos hombres, fué forzoso reembarcarse en Estepona y Marbella. Tomó de nuevo tierra en Algeciras, donde, sabiendo que el castillo de esta segunda villa era acometido por los franceses, volvió allá á socorrerlo. Pero como el enemigo siguió cargando hácia aquel punto, se reembarcó definitivamente, aportando á Cádiz el 22 de Julio, sin haber logrado otro fruto que alarmar á tres generales contrarios é impedir que el ejército de Mortier pudiese auxiliar al que empezaba entonces la desafortunada expedición de Portugal.

Un mes después, para favorecer más directamente á los aliados en este reino, volvió á embarcarse Lacy con otros tres mil hombres, haciendo rumbo al condado de Niebla, inmediato á los Algarves. Aportó cerca de Huelva, desembarcó su gente, y en combinación con las embarcaciones que le condujeron, parte españolas y parte inglesas, que se metieron por el río Tinto, se dirigió á Moguer. Huyó al pronto la guarnición francesa, y cargaron pronto mayo-

res fuerzas; pero como Lacy hubiese con esto sólo desempeñado su misión, cual era la de divertir por aquella parte al enemigo, se reembarcó tres días después de su llegada, el 26 de Agosto. Los pueblos del condado no lo llevaron á bien, porque, habiéndole recibido con exaltado júbilo, viéronse luego expuestos á las venganzas de los franceses.

De más resultados fué la diversión que causó Blake por el reino de Murcia. Habiendo crecido y mejorándose mucho aquel ejército, partió allá este general desde Cádiz á fines de Julio. Halló, en efecto, catorce mil infantes, con dos mil caballos, sin contar las partidas de los guerrilleros, entre quienes sobresalían Alcalde, Uribe y Moreno. Sebastiani, adivinando su pensamiento, resolvió adelantarse con otra expedición al mismo Murcia confiando salir tan venturosamente como en la primera. Esta vez empero las circunstancias eran distintas. Blake, ansioso de desquite, llamó á sus tropas, que estaban desparramadas por la costa, y las situó convenientemente para recibir al presuntuoso francés delante del Segura. Llamó también á toda la juventud útil á las armas, y la incorporó al ejército. Además dispuso la inundación de la huerta; bien que esto sólo en parte pudo conseguirse, tanto por correr á la sazón escaso el río, como porque las obras en él hechas, adecuadas para el riego, no lo eran para anegar el territorio por completo.

Sebastiani llegó entretanto el 28 de Agosto á Lebrilla, cuatro leguas de Murcia, y, observando admirado el estado imponente del país, se apresuró á retroceder después de algunos encuentros llevando por único fruto de aquella excursión, que había creído tan fácil, lo que pudo saquear en la retirada, irritado de la persecución del paisanaje por su retaguardia y flancos.

Al regresar á su distrito lo halló amenazado de una insurrección general, iniciada por el alcalde de Otívar, que llegó á apoderarse de los castillos de Moguer y Motril.

Los ingleses no descuidaron la ocasión, pues brevemente dispusieron en Ceuta una pequeña expedición de mil quinientos hombres de una y otra nación, que se dirigieron el 13 de Octubre



á Fuengirola, con el intento de caer de sorpresa sobre Málaga cuando hubiesen llamado bastante hácia aquella parte la atención del enemigo. Pero tan poco diestro anduvo el comandante lord Blayney, que el sorprendido vino á ser él por el mismo Sebastiani cuando hostilizaba el castillo del primer punto, sin darle tiempo más que para reembarcarse en el mayor desorden. Sólo un regimiento imperial de Toledo conservó su serenidad.

No era esto causa bastante para que Blake desistiese de los planes que había concebido al rechazar á Sebastiani, y así tuvo éste que retroceder inmediatamente á defender por la parte de Murcia su distrito. El general español, después de haber adiestrado por espacio de dos meses su gente, pensó que podía ya aspirar á ensanchar sus dominios por la parte de Granada. Presentóse el 2 de Noviembre en Cuellar, y al día siguiente, dejando allí dos mil hombres, ocupó con siete mil las lomas inmediatas, que contribuyen á formar la hoya de Baza, donde estaba la división de caballería de Milhaud y unos dos mil infantes á las órdenes del general Rey. Entraron nuestros escuadrones en el llano y presentaron á los contrarios la batalla; mas éstos retrocedieron hácia su infantería, y entonces descendió con la mitad de la suya Blake para apoyar á Freire. Avanzaban así todos con grande ánimo, cuando el desorden producido en la caballería por un movimiento mal ejecutado ofreció al enemigo una ocasión oportuna para acometerla. No la desaprovechó, y la dispersión producida en nuestros jinetes con una carga impetuosa envolvió también á los infantes, que no tuvieron sosiego hasta llegar á las lomas. La precaución de haber dejado en ellas reserva fué lo que salvó á nuestra gente de una derrota completa en la retirada. Sin embargo, las bajas de toda especie ascendieron á mil hombres; y no fué esto lo más lamentable, sino el quebranto del espíritu público, y consiguiéntemente el resfriamiento de la insurrección del reino de Granada.

No obstante, las expediciones dieron el resultado que se habían propuesto los defensores de Cádiz, cual era cortar los trabajos de los sitiadores y entretener los ejércitos que pudieran

ir en ayuda de Massena, ó sobre ella misma. Aquellos limitáronse á conservar sus posiciones, y aún no lo lograron completamente, pues á fines de Setiembre les destruyó Lacy en una salida varias de las obras que tenían hácia el puente de Suazo. Soult, persuadido de que para sitiar á Cádiz ó San Fernando necesitaba fuerzas útiles de mar, había recogido algunos cascos en los puertos inmediatos, hecho cortar maderas, llamado operarios de Francia y mandado construir cañoneras en Sanlúcar y en Sevilla. Terminadas que fueron veintiseis, intentaron en la noche del 31 de dicho mes pasar desde el Guadalquivir á la bahía de Cádiz arriadas á la costa. De esta manera pudieron llegar hasta el Puerto de Santa María sin ser percibidas de la escuadra anglo-española; pero, al querer doblar la punta del Trocadero para entrar en la Caleta, se encontraron con un fuego cruzado que sería temerario arriesgar. Volvieronse atrás, y aunque por tierra las trasladaron á Puerto Real, es decir, al seno de la Caleta, nada pudieron intentar en todo el sitio en presencia de nuestra escuadra. En resumen, durante el año de 1810 limitáronse sitiados y sitiadores á extender sus líneas y á reunir fuerzas: éstos levantaron una serie de fuertes desde la embocadura del puerto hasta Chiclana, y aquéllos llegaron á juntar veintiseis mil hombres en su defensa, de los cuales ocho mil eran ingleses.

Ahora podemos preguntar: ¿qué es lo que adelantaron los franceses en toda la campaña del año 10 en el dominio de la Península con tener dentro de ella tan colosales fuerzas y sus mejores capitanes? Sólo Galicia y Valencia no sufrían su yugo ¿pero poseían las demás provincias? Lo hemos visto ya: las dos Castillas, las Vascongadas y Navarra con no tener ejército, con ser sólo defendidas por los guerrilleros, traían aturridos y confusos á más de setenta mil hombres; en Extremadura y en Asturias nada progresaron; en Cataluña ¡cuánta sangre no les costaba sólo el sustentar á Barcelona! En Aragón y en las Andalucías, que es donde mas lisonjera estuvo con ellos la fortuna, se ha visto á Suchet ocupar seis meses tan sólo para formalizar el sitio de Tortosa, y á Soult acosa-





do por todas partes, teniendo que acudir, ora á la Serranía de Ronda, ora al condado de Niebla, ora á Extremadura, sin poder apretar e asedio de Cádiz á los once meses de haberle intimado la rendición. En Portugal ochenta mil hombres habian corrido riesgo de perecer miserablemente.

Es verdad que los franceses ocupaban las principales poblaciones, Valladolid, Pamplona, Zaragoza, Gerona, Barcelona, Granada, Málaga, Sevilla; ¿pero las poseian, repetimos? ¿dormian en ellas tranquilamente? Más de doscientos guerrilleros de nota, que se contaban, algunos de ellos con partidas de dos y tres mil hombres, aunque la generalidad eran de quinientos, los perseguian incesantemente en las marchas, en los destacamentos, en los cuarteles, en los alojamientos. Tuvieron que rehabilitar casi todos los antiguos castillos de romanos y árabes, y áun así no estuvieron tranquilos ni seguros. «Para la completa conquista de la Península, dice un testigo irrecusable, el general Hugo en sus *Memorias*, se necesitaba acabar con las guerrillas... pero su destruccion presentaba la imágen de la hidra fabulosa.»

Mucho contribuyeron á poner las cosas en tal estado las tropelías y las devastaciones de los franceses, soldados y caudillos. Estos, haciendo responsables del sosiego de los pueblos á los alcaldes, los curas párrocos, los frailes y las personas más notables, y encerrando en duras prisiones á los patriotas, ó deportándolos á Francia é imponiendo insostenibles impuestos, saqueando y maltratando, y asesinando, fomentaban el odio y tal vez convertian un hombre apático en rencoroso é implacable enemigo. Entre los muchos hechos de bárbara crueldad con que los franceses provocaron las mas horrosas represalias de los españoles, anotaremos uno que consigna uno de los historiadores de aquella guerra. Hablando de Kellerman, que mandaba en Valladolid, dice: «Hubo un caso que aventajó á todos en esmerada crueldad. Fué, pues, que preso el hijo de un latonero de aquella ciudad, de edad de doce años, que llevaba pólvora á las partidas, no queriendo descubrir á la persona que le enviaba, aplicáronle fuego lento á las plantas de los pies y á

las palmas de las manos para que con el dolor declarase lo que no queria de grado. El niño, firme en su propósito, no desplegó los labios y conmoviéronse al ver tanta heroicidad los mismos ejecutores, mas no sus verdaderos y empedernidos verdugos.»

De los hechos que á venganza pudieron atribuirse, uno hay por el cual hasta los escritores de nuestra aliada Inglaterra nos han pintado con negros coloridos; el trato de los prisioneros. Para juzgarlo preciso es referir las circunstancias que acompañaron al suceso que da márgen á las agrias acusaciones. El 6 de Marzo, así como el recio temporal iba arrojando contra las playas inmediatas á Cádiz el navío portugués *Maria*, tres españoles de línea, una fragata, una corbeta y muchos otros buques mercantes, los franceses tuvieron la inhumana satisfacción de irlos incendiando por medio de la bala roja sin perdonar á los infelices naufragos que buscaban un peñasco de la costa para salvarse.

Exasperados los ánimos con tal exceso de ferocidad, acordó la regencia trasladar los prisioneros que habia en los pontones á las islas Canarias y Baleares para libertarles de un arrebato del pueblo. Otro temporal que sobrevino en la noche del 15 al 16 precipitó la ejecucion de este decreto, porque los que estaban en el llamado Castilla aprovecharon la ocasion para picar las amarras y que el viento los arrumbase á la costa guarnecida por sus compatriotas. El 26 hicieron lo mismo los del Argonauta, sin que pudiesen impedirlo los fuegos de nuestras baterías. Los demas partieron á su nuevo destino del cual sólo se felicitaron los de las Canarias, porque en aquellas islas, bastante apartadas del continente para no sentir con la misma energía nuestra indignacion, hallaron los consuelos de una franca y compasiva hospitalidad en las Baleares, donde resonaba al punto el eco de las atrocidades que cometian los franceses con sus hermanos de Cataluña, no sólo no encontraron compasion, sino que dormian en su memoria, y corrieron peligro de perecer en un tumulto. Para salvarlas, fueron de seguida trasladados á la Cabrera, pequeña isla situada al Sur



de la de Mallorca, de buen temperamento pero despoblada y estéril. Sin albergue muchos, por haber sido insuficientes para siete mil hombres las tiendas que se les pusieron, y en ocasiones hasta sin alimento, por las contrariedades de los vientos unas veces y por la apatía de las autoridades otras, aquellos infelices padecieron grandes miserias y horribles angustias. Es cierto que las sufrían quizá no menores nuestros prisioneros en Francia, y que habia sido recientemente excitada la venganza en Cádiz; pero no es en los inocentes ó en indefensos donde

un pueblo noble debe tomar satisfacción de los ultrajes. Quien ame cual se debe la humanidad no disculpará nunca crueldad semejante. Conviene, sin embargo, advertir que si los corazones filantrópicos pueden, sin consideracion al entusiasmo y á la irritacion de la época, condenar los extravíos de una generacion agraviada, no tenian ese derecho los que habian horrorizado á la Europa entera devastando la India y estaban dejando morir de hambre (en toda su espantosa realidad) gran número de sus hermanos de Irlanda.